

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 1, n.º 2, julio-diciembre, 2018, 149-166

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v1n2.5162

Con Alberti y Bergamín por el sueño de España. (Vallejo al fondo)¹

GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO

Universidad Complutense de Madrid

Instituto Castellano y Leonés de la Lengua

(Madrid/Burgos, España)

gsantonj@ucm.es



I. TRES LECCIONES

La primera, queridos amigos, de Rafael Alberti y naturalmente dictada en verso:

Cantad alto. Oiréis que oyen otros oídos.

Mirad alto. Veréis que miran otros ojos.

Latid alto. Sabréis que palpita otra sangre.

Versos de *Retornos de lo vivo lejano*, poemario del exilio, de un exilio que en su caso fue largo, muy largo, extendido desde el

1 Este artículo fue mi discurso de incorporación como profesor honorario de la Universidad Ricardo Palma, leído el 2 de noviembre de 2017.

final de la guerra incivil española, y el final de verdad, el más dramático, porque salió de Madrid, «capital de la gloria», cuando las tropas de Franco ya casi entraban en ella y luego se libró de milagro de caer en sus manos, acogido *in extremis* en uno de los tres aviones que en los estertores de la derrota despegó desde la posición Dakar, cerca de Monóvar (Alicante), hasta el 27 de abril de 1977, cuando por fin retornó a España, elegido diputado por Cádiz en las primeras elecciones democráticas.

Los últimos días de la guerra fueron especialmente turbios. Alberti y María Teresa León consumían horas dramáticas en Madrid mientras los frentes se desmoronaban. Deambulaban perdidos en medio del caos, pero entonces se produjo la sublevación del coronel Casado contra el gobierno de Negrín, que se hizo con el control de la base naval de Cartagena, y la quinta columna ocupó las calles. Así las cosas, cuando vagaban a la desesperada, a su lado paró un coche: «subid conmigo», les gritaron desde dentro. Era el general Hidalgo de Cisneros, que los llevó a la posición Dakar, cerca de Monóvar, donde las más altas autoridades de la II República preparaban su evacuación, para lo cual contaban con tres aviones, dos Douglas y un Dragón.

Primero levantó vuelo el aparato ocupado por Pasionaria, Jesús Monzón y el diputado comunista francés Jean Catalá; a continuación el que llevaba al mismo doctor Negrín, pilotado por Hidalgo de Cisneros; y por último despegó el Dragón de Núñez Maza, ministro del Aire, y Antonio Cordón, ministro de Guerra, al que también se subieron, por insistencia del jefe de la guerrilla que cubría la operación, Alberti y María Teresa.

Era el 7 de marzo de 1939, las cuatro de la mañana, y apenas tenían reservas de gasolina, además de un exceso de peso, porque nadie había contado con el añadido de dos nuevos pasajeros a bordo. En esa situación, perseguido por las balas luminosas de la escuadra de Mussolini, el piloto descartó volar hacia el norte, hasta Francia y, en vuelo rasante, giró al sur, hacia Argelia,

aterrorizados todos por las perspectivas de verse obligados a tomar tierra en Melilla, aunque finalmente llegaran a Orán, bajo el dominio colonial francés. De aquellas zozobras y confusiones, de aquella angustia, de aquellos miedos brotó «Se equivocó la paloma», canción universal que solo se entiende a partir de estas circunstancias:

Se equivocó la paloma.
Se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur,
Creyó que el trigo era agua.
Se equivocaba.
Que las estrellas, rocío;
Que la calor, la nevada².
Se equivocaba.
Que tu falda era tu blusa;
Que tu corazón, su casa.
Se equivocaba.
(Ella se durmió en la orilla.
Tú en lo alto de una rama).

En fin: «Cantad alto». Publicado *Retornos de lo vivo lejano* por Losada en Buenos Aires (Argentina) y 1952, año poéticamente fecundo, porque también fue el año de *Ora marítima*, *Baladas y canciones del Paraná* y *Liricografías*, carpeta con diez dibujos acogida al sello de Galería Bonino, *Retornos de lo vivo lejano*, poemario entre neopopular y culto, impronta en equilibrio que fija la personalidad del poeta, pertenece a una etapa muy dolorosa del exilio, dolorosa por plenamente dada de bruces contra el desencanto, ya que a siete años de la victoria aliada y a un lustro escaso de la condena del régimen franquista en la ONU, el dictador estaba consiguiendo la consolidación de su dictadura, beneficiado por las

2 Esperando la nieve de las cumbres de los Pirineos, volaron sobre las salinas del sur.

ayudas del Plan Marshall (Estados Unidos le otorgó un préstamo —salvador— de cien millones de dólares en 1950), admitido en organismos internacionales, como la FAO (1950) y con las relaciones internacionales progresiva e imparablemente restablecidas, proceso de afianzamiento que alcanzó una meta decisiva a comienzos de noviembre de ese mismo año, 1952, al ser admitida España en la Unesco, preludeo evidente de su incorporación a la ONU, lo que sucedió solo un trienio después.

En esas circunstancias, consciente de que había franquismo para rato, Rafael Alberti se levantó sobre el desaliento para afirmarse en el canto: «Cantad alto», siempre, siempre, «oyen otros oídos», porque el hombre jamás está solo; para levantar la mirada: «Mirad alto», porque a las miradas altas, levantadas sobre las nubes de la vida, siempre descubren horizontes despejados; para latir con fuerza: «Latid alto», a corazón abierto, tejiendo esperanzas y destejando amarguras. Yo, entre otras muchas, le debo esta lección a Rafael Alberti, en cuya vida, lo contaré enseguida, por fortuna para mí, yo entré muy pronto, quizás —gracias a Dios— cuando él me hacía falta.

La segunda lección, queridos amigos, me la regaló José Bergamín, a quien tantas debo, entre otras la de mi advenimiento a la poesía de César Vallejo, amigo suyo del alma, y vaya por delante que cuando, tratándose de Bergamín, pronuncio esta palabra: alma, soy muy consciente de lo que digo, porque él y su obra únicamente se explican —bastaría con recordar sus tres sonetos «A cristo crucificado»— desde la lucha por la vida eterna contra la condenación a la muerte. La lección a la que ahora me refiero también vino de la mano alada de la poesía, de su poesía, tan cabal por humana y por humana tan honda, concretamente del poema «Otra vez esta noche» de *La claridad desierta*:

Otra vez esta noche,
Cuando estaba esperándote,
Me dormí, y en mi sueño
Oí una voz llamándome.

Una voz larga y triste,
Apenas susurrante,
Como un sollozo roto
En los dedos del aire.

[...]

La voz de un viento oscuro
Que se esconde en los árboles
Y hace temblar sus copas
En la luz de la tarde.

Una voz que me llama
Y no quiere llamarme.
Una voz que parece
Que se apaga al callarse.

Qué lección tan fecunda, qué lección tan hermosa, qué lección tan consoladora, tan de la vida sobre la muerte: me dormí, y entonces, con el cuerpo dormido y el pensamiento despierto, oí una voz llamándome: «Una voz larga y triste», apenas susurrante, un sollozo roto en los ecos del aire. La voz del viento oscuro que se apaga al callarse, pero que vuelve y vuelve, que me llama sin llamarme. Así escuché, de sus labios, la voz de César Vallejo, la tercera lección que recuerdo esta tarde.

«Tienes que leer a César Vallejo», me incitó José Bergamín, junto a Gerardo Diego, su introductor en España, y luego, cuando pregunté a Rafael Alberti, el autor de *Marinero en tierra* no dudó

ni un instante: «Gonzalo, ningún poeta me ha estremecido tanto»³. Y pocos días después Bergamín me prestó —préstamo que se convirtió en regalo— un ejemplar de *La poesía contemporánea del Perú*, gran antología de Jorge Eduardo Eielson, Sebastián Salazar Bondy y Javier Sologuren⁴, gracias a la cual trascendí el tópico de que la poesía nueva peruana nacía en Manuel González Prada (1848-1918) y José Santos Chocano (1875-1934) para acceder al asombro de la voz fieramente humana de César Vallejo, a la vez afirmada en el estremecimiento telúrico de lo autóctono y en la tradición de la poesía española; a la pureza «musical y colorista» de José María Eguren; a las elegías vigilantes de Martín Adán; a las ínsulas extrañas de Emilio Adolfo Westphalen; al surrealismo atenuado y al castellanismo rampante de Xavier Abril; al «subsuelo» de angustia de Enrique Peña (certeramente desentrañado por Salazar Bondy); al gozo de Ricardo Peña y al fulgor, tan incitante como por desgracia fugaz, de Carlos Oquendo Amat.

Como verán, los caminos de sus poetas, que también son los nuestros, me refiero a los españoles, y desde luego los míos, me los abrieron muy buenos guías: Alberti y Bergamín.

II. CUÁNDO, CUÁNDO

Cuándo entré yo en la vida de Rafael Alberti, cuándo en la de José Bergamín. Puedo contestar a estas preguntas con mucha precisión.

En la de Rafael Alberti lo hice por sorpresa, muy pronto (muy pronto para mí) y a través de María Teresa León, su primera mujer,

3 Me extendo sobre esta cuestión «Las cosas como fueron. César Vallejo en España», ponencia dictada en el I Congreso Internacional Vallejo Siempre 2014 y publicada en sus actas (Santonja 2014: 137-152).

4 Recientemente reeditada en España con introducción —estupenda— de Inmaculada Lergo Martín, peruanista de primer rango: Sevilla, Ulises, 2016.

compañera de vida y poesía a través de los años encendidos de la II República, de la terrible guerra incivil, del larguísimo exilio (temblores en París, riesgo y ventura de Buenos Aires, la felicidad de Roma) y del regreso por fin a España, con ella progresivamente sumida en las tinieblas del alzhéimer. Y fue el asunto que un librito suyo, *La historia tiene la palabra: noticia sobre el salvamento del tesoro artístico*, apenas un folleto, inopinadamente me vino a las manos cuando husmeaba en la biblioteca de mis padres entre los libros de Unamuno, de quien mi madre era devota, devoción que se cuenta entre las muchas cosas buenas que de ella aprendí, déjenme decirlo en su homenaje, y les pido disculpas, porque la voz se me quiebra, reacción que no comprendo y que tampoco domino (la verdad, tampoco lo intento), porque yo llevo bien la muerte de mis padres, una muerte que para mí no ha supuesto ninguna ruptura, ya que siempre, siempre, los siento al lado.

Bueno, les decía que de repente me di de bruces, mejor dicho, me di de ojos con *La historia tiene la palabra*, sin saber, por supuesto, nada, absolutamente nada de su autora, nombre vedado, por completo prohibido, en la España franquista. Lo que atrajo mi atención fue el subtítulo: «noticia sobre la salvación del tesoro artístico». ¿El tesoro artístico de España en peligro?, me pregunté. Cuándo y por qué. El folleto también llevaba un pie de imprenta para mí extraño: Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1944. Empecé a leer:

Una guerra es como un gran pie que se colocase bruscamente interrumpiendo la vida de un hormiguero. En un principio, la confusión de la sorpresa hace mezclarse, aporrearse y retorcerse las diminutas huestes; se presiente que las noticias toman derroteros imprevistos, que retroceden las amas de casa, se adelantan los audaces jóvenes, aconsejan los viejos y se suben los más próximos sobre el gran pie interruptor, tratando de descubrir cuál es la causa.

La guerra española desordenó igualmente nuestro interior...

La guerra española, acabásemos. Con mis dos abuelos represaliados un rayo de luz se me hizo. Y lectura adelante salió a mi encuentro el nombre de Rafael Alberti, llamado con María Teresa por el Gobierno de la República para organizar la evacuación de sus cuadros hasta Valencia:

[...] Cuando llamamos Rafael Alberti y yo a las puertas del Museo, nos hicieron bajar por una escalerilla insospechada [...] Una linterna de minero iluminó la escalerilla, otra nos condujo a la rotonda. La lámpara alumbró una gruesa moldura cuyo filo lanzó chispas de oro. Del revés, y uno sobre otro, fueron apareciendo los cuadros en anchas filas, apoyados contra los muros, evacuados ya de las salas altas.

Pregunté a mis padres, muy amantes del arte (mi padre tenía tres pasiones: mi madre y nosotros, sus hijos; la medicina y la arqueología), y mis padres, como siempre, me contestaron: durante la guerra el Museo del Prado había sido bombardeado por la aviación franquista y el gobierno de la República tuvo que evacuar sus fondos hasta Valencia, «creo que se ocupó de ello el poeta Rafael Alberti».

En Béjar, ciudad industrial, el mayor centro textil del oeste de España, el antifranquismo tenía una vigencia a la vez soterrada, clandestina. Informado de quién era Alberti, enseguida averigüé que residía en Roma, en el Trastevere, y ni corto ni perezoso, tomando a Roma por Béjar, hombre, algo más grande ya suponía que era, le escribí una carta: «Don Rafael Alberti/Poeta/Barrio del Trastevere/Roma/Italia/Admirado don Rafael: soy Gonzalo Santonja, de Béjar, Salamanca, estudiante de bachillerato, y me gusta mucho la pintura, como a usted, que ha escrito un libro *A la pintura*, que no tengo, porque sus libros no están en las librerías ni en las bibliotecas de aquí».

Milagro, milagro. Recuerdan aquello de Valle-Inclán, que se deshacía en elogio de los carteros: «qué gente tan culta y lista», decía, «escribo una carta de injurias a don José Echegaray, el peor escritor español de todos los tiempos, naturalmente Premio Nobel, y pongo su dirección en el sobre con letras grandes: Don José Echegaray/Calle del Viejo Idiota, y llega, ¿no es una maravilla?». Pues eso sucedió con mi carta, qué gente tan culta y lista los carteros italianos. Alberti, según me contó años después, no daba crédito a lo que leía: «soy Gonzalo Santonja, de Béjar, Salamanca, estudiante de bachillerato, y me gusta mucho la pintura, como a usted [...]».

Y Alberti, que me contestó, me mandó un ejemplar de *A la pintura*. No volví a saber de él, ni tan siquiera le di las gracias, entre otras sinrazones porque de la comisaría llamaron a mi padre para pedirle explicaciones por aquellas cartas. Pero resulta que muchos años después, en el verano de 1977, fui a verle para contarle que tenía una pequeña editorial, dedicada a los autores del exilio, y que quería editar una obrita de su mujer por la cual le había preguntado hacía muchísimo tiempo, tanto que lógicamente ni se acordaría.

Alberti, que hasta ese momento me había escuchado aparentemente distraído, se levantó de la silla —le había asaltado en un restaurante— y exclamó: «¿no serás tú el muchacho de la carta?». Me dio un abrazo, me invitó a comer, me regaló los derechos del libro, me dictó su teléfono, me ofreció su casa, me pidió que fuera a verlo, a él y a María Teresa, aunque —los ojos se le humedecieron— la pobre no está bien, pero ve a verla —se repuso— y cuéntaselo todo, quién sabe, a veces sonrío cuando le hablamos de aquellos años [...].

Así entré en la vida de Rafael Alberti, arrastrado por el torbellino de su generosidad, invadido por su alegría.

¿Y en la de Bergamín? Al director de *Cruz y Raya*, «revista de afirmación y negación», a mi juicio la mejor revista del catolicismo

inquieto y comprometido de aquellos años, movimiento con el que yo me identifico (con el catolicismo y con su inquietud), llegué gracias a José Esteban y Editorial Turner, empresa que a comienzos de los años setenta emprendió de un modo sistemático la tarea, históricamente imprescindible, de recuperar a los autores comprometidos de la Edad de Plata de la literatura española (desde comienzos del siglo XX hasta la promoción del 36), cuyas obras estuvieron prohibidas durante los largos años del franquismo.

Inconformista y radical, entendiendo por radical la decisión de ir al fondo de los problemas a su raíz, en la España de aquellos años Bergamín constituía *un problema* que en cuanto a Franco respecta se remontaba a un episodio —la raíz— en el que no suele reparar nadie. Corría el año de gracia y desgracia de 1930, con la monarquía borbónica en trance de derrumbamiento, y el padre de José Bergamín, don Francisco Bergamín, político incurso en el círculo de Alfonso XIII, ministro suyo en diversos gabinetes, concertado con otros prohombres (Sánchez Guerra, Santiago Alba, Burgos Mazo, etc.), comisionó a su hijo (acompañado por Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate) para entrevistarse con el general Franco, preocupados por los rumores que daban por inminente un pronunciamiento militar al estilo del que en 1923 encabezó el general Miguel Primo de Rivera, al objeto de saber cuál sería su actitud si el golpe de Estado llegara a estallar.

Francisco Franco, en ese momento director de la Academia Militar de Zaragoza, los recibió de inmediato, y su respuesta fue contundente: «rechazaba cualquier movimiento militar, cualquier dictadura», afirmando «muy explícitamente que él no era más que un soldado y que no se sublevaría nunca, y no por fidelidad a la persona de Alfonso XIII, sino porque este seguía representando para él la legalidad».

Pues Bergamín y Garrigues esperaban esa respuesta, también llevaban preparada la objeción: «al apoyar la sublevación de Primo

de Rivera, que había quebrantado su juramento de fidelidad al orden constitucional, el monarca se había situado al margen de la legalidad y [...]». Franco los interrumpió: «Dígale usted a su padre y a don José [Sánchez Guerra] que esas son cosas de abogados que yo no entiendo, que yo no estuve con la dictadura, como saben muy bien, ni estoy con la persona del rey, sino con la legalidad», valor supremo y, a su decir, para él hasta absoluto.

Contra esa conversación, que Bergamín siempre recordaría y que Franco no debió olvidar nunca, llevándose la contraria hasta el extremo, Franco no solo se unió a la sublevación del 17 de julio de 1936, en principio dirigida por los generales Sanjurjo y Mola, sino que al fallecer estos, víctimas de accidentes de aviación, se puso a su frente y se hizo nombrar Caudillo y Generalísimo.

Cuando Bergamín dedicó a Franco uno de sus romances de guerra hizo del descalificativo *traidor* el motivo central de sus versos, juntas ambas palabras ya desde el título: «El traidor Franco». Solo uno y otro, autor y personaje, conocían la intrahistoria de aquella diatriba rimada: el escritor lo sabía doblemente perjuro, al juramento público y a su palabra privada, y el Generalísimo era consciente de ese conocimiento. Así, pues, a Bergamín lo sintió como un testigo de cargo. En fin, recordemos aquel romance:

¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Si tu nombre fuera Franco,
se te saldría a la cara,
encendiéndola de sangre,
si tu sangre fuera franca.
Tu nombre fuera vergüenza
si a tu rostro se asomara,
proclamando por la sangre
la traición que la engendraba:

que la sangre has traicionado
desmintiéndola de clara.
¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Como una máscara el pueblo
te tira el nombre a la cara,
descubriendo la traición
que en tu nombre se amparaba.
Traicionándote de franco
traidor a tu misma causa,
fuiste dos veces traidor:
a tu sangre y a tu patria,
que a España no se defiende
con la traición emboscada,
asesinando a su pueblo,
que es el alma de su alma.
¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Tu nombre es como bandera
que tu derrota proclama.
Si la traición criminal
en ti franqueza se llama,
tu nombre es hoy la vergüenza
mayor que ha tenido España.
Que ni tu nombre es ya nombre,
ni en tu sangre se espejeaba;
traidor, hijo de traidores,
mal nacido de tu casta:
no eres Franco, no eres hombre,
no eres hombre, no eres nada.

Sumada a esta calidad de testigo la de escritor católico, director de *Cruz y Raya*, «Revista de afirmación y negación» (Madrid, 1933-1936), fundada por un grupo de conspicuos representantes intelectuales del catolicismo (entre otros, Miguel Maura, Gregorio

Mañón o el mismísimo Manuel de Falla), Bergamín se convirtió en una de las *bestias negras* del franquismo, más peligroso al estar protegido (relativamente, pero al fin y al cabo protegido) por esa condición, porque la implacabilidad del régimen en la represión de los comunistas, más o menos tácitamente tolerada por las potencias occidentales desde el final de la Segunda Guerra Mundial y muy en especial a partir del desencadenamiento de la llamada Guerra Fría, se encontraba con la oposición de esas mismas potencias cuando afectaba a opositores de filiación católica, religiosos o seculares, personas además procedentes de familias con arraigo e influencia en los círculos del poder.

Y así fue, moviendo esas influencias, como Bergamín consiguió permiso para volver a España, tras un intento frustrado en 1955, nada menos que el 22 de diciembre de 1958, años todavía de radical cerrazón de una dictadura que solo empezaría a transmitir señales de flexibilidad hacia los años setenta. «Peregrino en su patria», como él mismo se definió, todo hubiera ido bien o al menos medio bien si hubiera adoptado una actitud pasiva, de «réprobo tolerado», pero es que eso, ponerse las cosas fácil, acomodándose a los dictados impuestos, era algo que jamás entró en el planteamiento de vida de José Bergamín, para quien «Volver no es volver atrás. / Yo no vuelvo atrás de nada». Si el romance «El traidor Franco» resulta clave, este también:

Volver no es volver atrás.
Lo que yo quiero de España
no es su recuerdo lejano:
yo no siento su nostalgia.

Lo que yo quiero es sentirla,
su tierra, bajo mi planta;
su luz, arder en mis ojos
quemándome la mirada;

y su aire que se me entre
hasta los huesos del alma.
Volver no es volver atrás.
Yo no siento la añoranza,

que lo que pasó no vuelve,
y si vuelve es un fantasma.
Lo que yo quiero es volver
sin volverme atrás de nada.

Yo quiero ver y tocar
con mis sentidos España,
sintiéndola como un sueño
de vida, resucitada.

Quiero verla muy de cerca,
cuerpo a cuerpo, cara a cara,
reconocerla tocando
la cicatriz de sus llagas.

Que yo tengo el alma muerta,
sin enterrar, desterrada,
quiero volver a la tierra
para poder enterrarla.

Y cuando la tierra suya
la guarde como sembrada,
quiero volver a esperar
que vuelva a ser esperanza.

Volver no es volver atrás:
yo no vuelvo atrás de nada.

Y como no volvía atrás de nada, Bergamín comprometido contra
la represión y los represores de los mineros asturianos insurrectos

de 1934, preludio trágico de la guerra incivil, volvió a salir en su defensa, encabezando la carta que el 2 de octubre de 1963 ciento dos intelectuales dirigieron al ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, denunciando la actuación policiaca a raíz de una huelga de la minería asturiana que había crispado al franquismo, denuncia, por si fuera poco, que acentuaba la resonancia de la áspera disputa mantenida con Torcuato Luca de Tena, irritado por los artículos de Bergamín en *El Nacional* de Caracas, artículos nada contemporizadores, sino al contrario: de crítica frontal, con la situación española.

Luca de Tena salió por Bergamín, y Bergamín, fiel a sí mismo, le replicó sin amilanarse. Entonces se vio inmerso en un clímax de hostilidad y amenazas hasta de muerte que terminó en una citación nada tranquilizadora ante los tribunales, situación francamente insoportable que movió a Manuel Flores Mora, diputado uruguayo por el Partido Colorado, amigo del presidente de su país e íntimo de Bergamín, que a la sazón estaba en Madrid, a ofrecerle protección en su embajada, acogida en ella por el embajador Casas Araújo, diplomático muy afín al régimen franquista, con lo que se creó una situación de tensión interna y acoso externo, porque las diatribas se sucedían en la prensa española, que desembocó en un permiso *in extremis* de veinticuatro horas para que abandonase la embajada y saliera de España. Lo que sucedió el 30 de noviembre, día tremendamente triste para Bergamín, acosado por muchos y abandonado por casi todos:

A mí me dejaron solo
Como se deja en la plaza
Al torero con el toro.

Así comenzó su segundo exilio, que transcurrió entre Montevideo (1 de diciembre de 1963-28 de enero de 1964) y París, protegido por André Malraux, donde se encontró en una situación

paradójica, convertido en *fantasma* diría él, autorizado a entrar pero con la salida prohibida, como si no existiera, situación prolongada hasta abril de 1970, cuando de nuevo recibí permiso para volver a España, primero alojado en casa de su hijo mayor, Fernando Bergamín Arniches, y finalmente instalado en un ático de la Plaza de Oriente, cara a cara con el Palacio Real, ático para mí inolvidable, porque allí, a su lado, pasé infinidad de tardes hasta que el 9 de septiembre de 1982 se trasladó a San Sebastián, donde transcurrieron los dos últimos años de una vida, siempre desasosegada, que se apagó, estando yo a la cabecera de su lecho mortal, el 28 de agosto de 1983.

¿Bergamín con Herri Batasuna, y hasta apoyando a ETA, en esa etapa final? Algún día, si está de Dios, entraré de lleno en ese asunto. Ahora y aquí, para acabar, que ya se va haciendo la hora, quiero recoger unos versos suyos que a mi juicio explican perfectamente lo que fue a buscar al País Vasco y lo que en efecto encontró:

Aquí he encontrado mi mar,
la mar poderosa y fuerte!,
Aquí encontraré mi muerte
Sin tenerla que esperar.

Porque también he encontrado
Ante el mar y frente al mar
A Cristo crucificado.

Acabo de decir que quería terminar, y es verdad, me dispongo a hacerlo. Pero estoy obligado a añadir unas palabras testimoniales. Bergamín languidecía, pero su corazón aguantaba, y la muerte, tan anunciada, llegaba con pasos de angustia, con pasos lentos. Y mediaba la tarde en cuya noche por fin le abrazó con su mano de nieve cuando él me llamó —solo estábamos en la casa, velándole,

su hija Teresa y yo— para pedirme que le buscara un sacerdote. Me apresuré a ello, claro está, y enseguida volví con uno, cuyo nombre tengo ahora mismo en los labios. Bergamín se quedó con él, y aquella conversación se extendió más allá de dos horas. Luego, poco después, expiró. España es un país muy duro, pues bien, pues mal, que otros hablen, juzguen y condenen o absuelvan, allá ellos. Yo, cumpliendo lo que me pidió, le llevé un sacerdote. Lo demás, francamente, me trae sin cuidado. Y concluyo, ahora sí, con otro poema suyo, poema del libro *La claridad desierta* y versos, en consonancia, de claridades desiertas:

Señor, yo quiero morirme
Como se muere cualquiera:
Cualquiera que no sea un héroe,
Ni un suicida, ni un poeta

Que quiera darle a su muerte
Más razón de la que tenga.
Quiero morirme, Señor,
Igual que si me durmiera

En Ti, como cuando niño
Me dormía, sin que apenas
Supiese yo que era en Ti
Y por Ti que el alma sueña.

Doctores y amigos que hoy tan generosamente me honráis: como escribe Cervantes «hay cosas que a cosas llegan» y hoy ustedes han convertido en realidad mis ilusiones. ¡Profesor honorario de la Universidad Ricardo Palma de Lima! Como español de a pie, como español que quiere a Perú, de corazón muchas, muchas, muchísimas gracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGAMÍN, José (1983). *La claridad desierta*. Madrid: Turner.

EIELSON, Jorge Eduardo, SALAZAR BONDY, Sebastián y SOLOGUREN, Javier (2016). *La poesía contemporánea del Perú*. Sevilla: Ulises.

LEÓN, María Teresa (1944). *La historia tiene la palabra: noticia sobre el salvamento del tesoro artístico*. Buenos Aires: Patronato Hispano-Argentino de Cultura.

SANTONJA GÓMEZ-AGERO, Gonzalo (2014). «Las cosas como fueron. César Vallejo en España». En FLORES HEREDIA, Gladys (ed.). *Vallejo 2014. Actas del Congreso Internacional Vallejo Siempre*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 137-152.